

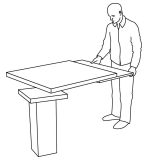
# MÁS O MENOS YO

MIQUEL  
DURAN

Traducción de Olga García Arrabal



# 1



La montaña de Rocacorba tiene novecientos noventa y nueve metros de altura y hay quien dice que, con el bloque de hormigón que le han puesto encima, acaba llegando a los mil. Desde arriba se ve el lago de Banyoles como una balsa de mercurio y, más allá, una explanada que llega al mar. Rocacorba debe su nombre a una roca abisal habitada por una ermita. En las inmediaciones uno esperaría encontrar el esqueleto de un animal incomprensible, pero aún no se ha dado el caso.

El cementerio de Pujarnol, además de a medio camino del cielo, está a medio camino de Rocacorba. Ahora, en otoño, en Pujarnol cae una lluvia naranja de hojas. Es una lluvia circular porque si coges una hoja y la marcas con una cruz, al día siguiente la verás caer de otro árbol.

Camino del cementerio, mi madre ha repartido unos ramos de flores que eran, en cambio, netamente caducos. Le ha dado uno a mi hermana, Laura, que era quien conducía, uno a mi padre y otro a mí. Íbamos al cementerio porque era el día de Todos los Santos, Marc, y tocaba visitar a los abuelos y a Oriol.

—Os espero aquí,  
ha dicho mi padre desde el coche, señalándose

la pierna que le falta. A veces a mi padre le duele esa pierna, que es una pierna etérea, y nos reclama silencio, soledad y oscuridad, como si tuviese migraña en la rótula. En momentos así, mi madre y Laura se comportan con normalidad y solvencia, para que no se note que no entienden nada. Yo diría que hago lo mismo, aunque dudo de que funcione: mi padre sabe la verdad. No es que la pueda controlar, pero se comunica con ella constantemente. Un día dijo

—mañana no saldrá el sol.

y, efectivamente, nos levantamos al día siguiente con una nube negra cubriendo el cielo; no tapando el sol, sino disimulando su ausencia. El ayuntamiento tuvo que dejar las farolas encendidas durante veinticuatro horas, y se ve que salió muy caro.

Según mi hermana, más que por una cuestión hereditaria, mi padre tiene acceso a la verdad por motivos territoriales. La pedanía de Merlant, donde nació, no está ni al sol ni a la sombra, y, ciertamente, la luz cae allí con objetividad absoluta. La tesis de que mi padre ha crecido en un pueblo elegido me convence porque, lejos de desmerecerlo, lo eleva a la categoría de un enviado, que es también un eufemismo para decir intruso.

A menudo mi padre me da consejos que son porciones de verdad,

—no vas bien,

y se vuelve muy débil y patético, como si no lo soportase. Supongo que la relación que mantiene con la verdad no es siempre agradable. Alguna vez ha sido claramente víctima de ella, como aquella madrugada en que entró en calzoncillos en mi habitación, encendió la luz, me zarandeó hasta despertarme y me dijo

—no te importamos una mierda.

Pujarnol, a diferencia de Merlant, está encajado en un valle donde no se formalizan ni las salidas ni las puestas de sol: los hechos relevantes ocurren detrás de las montañas. Si mi madre, como hoy al acercarse al cementerio, opina

—habría que segar la hierba,

Laura y yo asentiremos, conscientes de que hacerlo no causaría ningún tipo de impacto. Obsatinada, como insistiendo en la importancia, mi madre ha caminado del coche a la iglesia con su ramo en una mano y el de mi padre en la otra.

Justo antes de atravesar la verja, nos ha ordenado que dedicásemos unos segundos de silencio a cada uno de los nichos. El cementerio de Pujar-



nol es tan pequeño que no hacerlo sería de mala educación. He asentido con desgana, recorriendo la vertical de un ciprés. Me gusta la película pegajosa que dejan los frutos de los cipreses en los dedos. Son como bolas de resina.

El área del cementerio dibuja un semicírculo contiguo al ábside de la iglesia. Lo hemos andado poco a poco, de derecha a izquierda. Los silencios de mi madre ante las tumbas eran de un descaro impropio: en la cola del supermercado o en la peluquería no es tan extrovertida. Al cabo de un rato hemos llegado a los nichos de la familia. Laura y yo hemos dejado nuestros ramos apoyados en el granito de los abuelos. Mi madre ha hecho lo mismo con el ramo de mi padre, y ha puesto el otro delante del nicho de Oriol, un hermano pretérito suyo sobre el cual da mucha pereza hacer preguntas.

En el granito de la tumba de los abuelos hay dos fotos pegadas como moluscos. También hay una golondrina grabada con broca. En realidad, en el cementerio de Pujarnol hay pájaros velando por la mayoría de los muertos. La gente los pone allí para que acompañen al difunto para siempre, ignorando que solo se juntan tantos pájaros en los fenómenos migratorios.



El abuelo enviudó mucho antes de que Laura y yo hubiésemos nacido, también antes de la muerte de su hijo mayor. No sé si el abuelo lo echaba de menos, ni qué hacía en realidad. Lo recuerdo patrullando el Pla de l'Estany con su furgoneta-taller blanca. Si, por ejemplo, había que bajar un gato de un árbol, llegaba él con la furgoneta-taller, la desplegaba como una navaja suiza, ejecutando una coreografía fabulosa de artefactos, y le devolvía el gato a la señora. Luego se despedía con la mano y desaparecía rodeado de un círculo que se hacía progresivamente pequeño hasta dejar el fondo negro.

A veces el abuelo me invitaba a entrar en la furgoneta-taller y me describía los planos ruperes de sus inventos, que colgaban como notas de una nevera entre las herramientas y las guías imantadas que las sostenían. Poco antes de morir de un infarto, me enseñó el prototipo de un corazón eléctrico hecho con el motor de un limpiaparabrisas. Me lo acercó a la oreja y me puso su dedo de mármol en la carótida, para que comparase los ritmos.

—Zis-zas, zis-zas.

También tenía una escopeta y yo siempre me preguntaba a qué edad se era lo bastante mayor

para disparar. La utilizaba para la caza del jabalí, en una lucha ancestral y absolutamente canónica, en la cual uno no era nada sin el otro.

El abuelo murió el invierno que cumplí doce años. Mi madre, una semana después de la misa, dictaminó

—la furgoneta-taller no está en venta,  
y la colocó en un rincón de la era, repintada, ordenada y cubierta de flores. También contrató a una cuadrilla de hombres para esclarecer la fisiología de cables de casa, que el abuelo había ideado con los años y que le otorgaban un aire orgánico; de enfermo, tal vez. Desde entonces es mi madre quien da cuerda al reloj de la sala, así la casa no se nos muere del todo.

Al principio desconfiaba mucho de ella cuando la veía meter mano a aquel reloj. Si estábamos en familia, a menudo descubría que mi madre no era uno de los nuestros. En una ocasión, por ejemplo, la vi atravesar una pared. Estábamos todos comiendo afuera y mi madre se llevó unas bandejas. Como creía que nadie la miraba, entró directamente en la cocina, ahorrándose el camino hasta la puerta. Ante tal hallazgo me gané el derecho a odiar a aquella impostora. Si teníamos

invitados y hacía bromas estúpidas, yo decía entre dientes

—tú calla, muerta.

A medida que he ido creciendo, sin embargo, he tenido que aceptar que puede haber muchos estados entre la vida y la muerte, y, en realidad, esta diferencia ha dejado de importarme. Ahora mi madre me molesta de manera más completa, se ha vuelto más difícil de culpar.

Quizá por ello, acostumbro a hacer el ejercicio de mirarle la cara a conciencia, muy concentrado. Cuando lo hago, deja de ser mi madre, que es un concepto muy difuso, y se concreta en una mujer. Adquiere facciones totalmente variables: es imposible trazar una lógica entre dos de sus concreciones. Analizándola en los álbumes, uno se da cuenta del control absoluto con el que se concreta, porque en todas las fotos sale la misma persona. Supongo que lo hace para no levantar sospechas.

Parada ante los nichos de los abuelos y de Oriol, mi madre ha comenzado a recitar un poema. Se había puesto las gafas a la altura de la nariz y, con el brazo estirado, sostenía una libreta que mantenía abierta apretando fuerte con el pulgar.



Ha leído las primeras palabras con una atención aproximada, como en los demás domingos y festivos, cuando nos recita los poemas durante la comida. Al abuelo aquello le aburría mucho. A mí también, salvo la vez que propuso uno que yo había escrito en secreto. Nunca he entendido cómo lo hizo.

Aunque no lo manifieste, a mi padre sí que le interesan los poemas,

—niños, silencio,

imagino que porque, cuando mi madre los lee, es el único momento en el que se abre una rendija y uno tiene acceso a episodios de su mundo. El resto del día mi madre forma parte del paisaje y se la puede dar tranquilamente por sentada.

Aprovechando la lectura, Laura y yo hemos vuelto discretamente, en catorce versos, hacia el coche. Al vernos por el retrovisor, mi padre ha sacado el brazo por la ventanilla, señalando el cielo, y se ha puesto a llover absurdamente.

—Tu madre, Marc.

He salido corriendo a buscarla, esta vez por la parte izquierda de la iglesia. Antes de llegar, desde un ángulo muerto a unos veinte metros de ella, he visto cómo sondeaba Pujarnol con la cabeza. Me he pegado a la pared por instinto. Caía una lluvia

fría y gruesa, pero mi madre no parecía consciente de ello, estaba vertical en el mismo sitio donde la habíamos dejado con el poema. Ha dado dos vueltas sobre sí misma, una en sentido horario y la otra en sentido antihorario, moviendo arriba y abajo la cabeza, de manera que en la primera vuelta ha comprobado que nadie la viera desde el campanario, desde Can Gelada o desde la rectoría, y en la segunda ha repasado los cipreses, la carretera y el horizonte. Al final, se ha agachado para retirar un papel de una grieta contigua al nicho de Oriol. Lo ha roto y se ha guardado los trozos en el bolsillo del abrigo. Entonces ha sacado otro papel, muy bien doblado, del bolso. Lo ha introducido en la grieta con una cotidianidad pasmosa, de memoria. He retrocedido unos metros, para tomar impulso, y me he puesto a correr hacia ella. Cuando me ha visto ya se disponía a regresar, y le he hecho un gesto ingenuo con el brazo, avisando de que la estábamos esperando.

Ya en el coche, mi padre ha concluido  
—estáis empapados,  
diría que en sentido figurado.

# 2



En invierno de hace cinco años cayó una gran nevada. El poema de mediodía de mi madre versaba sobre el velo de los cipreses, y cuando salimos la nieve amortiguaba todos los sonidos y teníamos que comunicarnos con gestos. Vivir una tarde muda me produjo al principio cierta asfixia, supongo que me entró la urgencia de expresarme. Enseguida, por suerte, me distraje alistándome en una guerra de bolas de nieve que duró lo que dura una metáfora. Laura cogió la cámara de fotos y mi padre empezó a hacer posturas eufóricas y a vocalizar inútilmente. A Laura aquello le hacía mucha gracia, a pesar de la mímica violenta y asimétrica. También vimos al abuelo alejarse lentamente, campo a través, y hasta que comenzó a oscurecer no nos preocupamos por dónde habría ido. Mi padre soltó a los perros, que salieron disparados en línea recta, como si el abuelo ya les hubiese indicado dónde se iba a morir.

El cadáver del abuelo era de goma, no creo que nadie se tragase que fuese de verdad. Aun así, lo aceptamos con el compromiso con el que se aceptan esos muñecos en las películas, a favor del argumento. Hicimos que vistiesen aquel cuerpo postizo y, el día del entierro, mi madre monopolizó el duelo. Si alguien se atrevía a llorar, ella


le dirigía una mirada comprensiva y blanda que contenía, no obstante, una dosis de censura. Yo no lloré, en parte porque aquel día me sentía muy incómodo con cómo me había disfrazado mi madre, y en parte porque no tenía muy claro si ya era un hombre o todavía un niño.

A los pocos días fue cuando mi madre nos advirtió

—la furgoneta-taller no está en venta,



y los muebles de la casa devinieron en naturaleza muerta. Desde entonces, un único soplo de vida resiste en el reloj de pared, que mi madre ha domesticado con una precisión devastadora. Muchas veces pasan las horas sin ninguna conciencia de los minutos. Antes, eso no era así: el reloj en libertad siempre tuvo el sentido de la importancia. Cuando Laura comenzó el tratamiento contra la anorexia, por ejemplo, si se iba a dormir a las once, las agujas pasaban inmediatamente a marcar las siete, esperando que ella se despertase. Lo hacían del modo más eficaz posible, en este caso desplazando la aguja pequeña cuatro rayas hacia atrás.

Con el tiempo, después de la muerte del abuelo, los bosques que rodeaban la casa se llenaron de maleza, y se borraron los senderos que llegaban a



ella. Ahora tenemos el núcleo de Pujarnol a dos kilómetros de asfalto. Decenas de estacas tensan un alambre que cruza los antiguos senderos y aísla la casa de los jabalíes.

Por la carretera asfaltada, el trayecto de regreso desde el cementerio se me ha hecho largo. Por el mal tiempo hoy no era posible, pero si uno se acerca a la curva de la Fuente del Surtidor, verá entre los árboles una masía encajada que apunta a ninguna parte. Esa es nuestra casa. Curiosamente, uno también la verá hundida si llega desde Banyoles, aunque la carretera no deje de ascender.



En casa, por separado, mi madre y yo nos hemos secado el pelo con una toalla. Luego nos hemos cambiado de ropa y nos hemos sentado a la mesa justo cuando empezaba el telediario. Mi madre ha examinado, con la tenacidad habitual, la sincronía entre las manecillas del reloj de la sala y el de la tele. Satisfecha, ha bajado el volumen y se ha levantado para recitar sus versos. Al menos los primeros, coincidían con los del cementerio. Trataban de la furgoneta-taller del abuelo y del cuadro inacabado de Oriol. Este cuadro está colgado en el comedor, representa la poza del Salto de Vila y tiene un molesto vacío de pintura

en medio. Entonces mi madre se ha sentado banalmente y mi padre ha preguntado

—¿Toni no viene, Laura?

pero ya te habían dicho, papá, que Toni comía hoy con su familia. Y esto ha sido lo último que se ha comentado.

Durante el día me ha asaltado la escena lluviosa de una hora antes, de mi madre depositando un papel en el nicho de su hermano. El gesto de la mujer no era solo turbador por lo que tenía de corriente: era una interferencia, una señal borrosa de una vida lejana. Sin dejar de comer, he mirado a mi madre de reojo y, de repente, se ha convertido en el ser más interesante del mundo. De alguna manera, aquella mujer atendía al telediario, masticaba y respiraba con una evasión irresistible.

He sentido envidia o rabia, y he querido calmarla comiendo ávidamente, como para embriutecer a mi madre, como para esquivar su dignidad. De pequeño, me tragaba así los guisantes, acompañándolos con un trozo de pan. Pronto mi padre y Laura, molestos por el ruido que hacía, me han frenado con la mirada. Seguían en silencio y me observaban porque, a pesar de mi ansia, habían terminado antes que yo: Laura se había llenado muy poco el plato, y mi padre había de-

jado un dedo de vino, una montañita de arroz y una de las cuatro salchichas, como es lógico si se tiene en cuenta que debe alimentar una extremidad menos.

Debo decir que no nací así. Se ve que de pequeño me quedaba mirando a las personas, abstraído, casi hasta incomodarlas. Me maravillaba la virtud ajena, Marc, incluso hasta en mi madre; sollozaba de tantas cosas que intentaba decirle a la gente. Nunca he llegado a decirlas: al principio no sabía, y luego ya fue demasiado tarde, porque en el colegio se les traspapelaba el plan de estudios continuamente.

Me faltan dedos para contar las veces que se nos explicó la cadena alimentaria, o trófica, como le gusta llamarla a la señorita. En los dibujos de los libros de texto había una jerarquía de animales sedados que se devoraban los unos a los otros. Un entramado de flechas unía a la perdiz con el zorro, a la libélula con la trucha, y convergía en el hombre, que estaba arriba del todo. En el mundo salvaje, la supervivencia consistía, niños, en ser el más rápido de los tuyos para que no te devorasen los de encima. No fue hasta mucho después cuando advertí que, en los diagramas, el hom-

bre salía desnudo, también en condición de presa. Nunca se especificaba el depredador, porque los dibujos eran para todas las edades.

Quien más quien menos se apresuró a identificar un atributo que le permitiese sobrevivir a la cadena trófica. Así, no era de extrañar que, por si acaso, Joan Alsius, con diferencia el más alto de la clase, robase de la farmacia de su padre unos botes de arginina; ni que Júlia Riera, que iba a la coral con los mayores, tirase del pelo y le metiera un cubito de hielo en la garganta a una niña alemana, hija de una soprano muy famosa, que pasó un trimestre en nuestro curso.

A mí, hasta los ocho años, se me respetaba por un notable conocimiento de geografía. Me gustaba atribuirlo a unos corresponsales que tenía repartidos por el globo. Me comunicaba con ellos desde la cama, señorita. Llevaban americana y corbata y, físicamente, eran idénticos a mí, aunque un poco más menudos y prácticamente adultos. Me gustaba que me increpasen,

—hoy, a las 7:24 de la mañana, has comprado una papaya en el mercado de Antiguo Cuscatlán, por ejemplo. Me informaban con su voz experta, que frotaba una cuerdas vocales así de cortas.





A los corresponsales se los tragaba la tierra con facilidad: eran propensos a batallas y desastres de todo tipo. No obstante, como se parecían mucho entre ellos, gestionaba su muerte con serenidad. Costaba mucho querer a uno porque todo lo que hacía lo hacía para ti. Cuando no me quedó ninguno, sustituí la geografía por las matemáticas, y no volví a pensar en ellos hasta el 11 de septiembre de 2001, pocos meses antes de la muerte de mi abuelo.

Aquel día mi madre estuvo llorando con mucha angustia. Por lo que tenían de remoto los hechos de la tele, supe que había un corresponsal trabajando para ella en Nueva York. Ignoraba cómo era el reportero, si también iba bien vestido y si sabía algo de inglés: a juzgar por el desconuelo de mi madre, quedaba claro que aquellos individuos se implicaban con ella más de lo que se implicaron nunca conmigo.

En las imágenes, el humo brotaba de las torres con la energía de un tumor extirpado, como si Manhattan se estuviese velando en la cabeza de mi madre; como si, de hecho, Occidente y ella fuesen una misma cosa. Acurrucada en el sofá, aquella mujer me pareció un enigma; como hoy, el ser más interesante del mundo. A lo largo de toda la tarde estuve buscando con ansia a alguna



personita que se le pareciera, vestida de bombero, entre las ruinas o lanzándose al vacío, para acusarla con el dedo,

—¿qué hacías en Nueva York, eh?

tan lejos de nosotros. La verdad es que no pillé a un solo reportero, todos los planos eran panorámicos o cenicientos. Mi madre siguió llorando, y yo inspeccionando el telediario, hasta la noche, cuando, por fin, apareció el abuelo para ahuyentar la escena. Entró sucio por la puerta con una Virgen negra en las manos.

—Niños, mirad lo que ha encontrado el abuelo.

Al parecer, era una Virgen que habían escondido en una carreta de carbón durante la guerra. La habían confiado a una señora para que la enterrase en un bosque cercano a Banyoles y el abuelo había tardado todos aquellos años en localizarla.

Con la llegada de su padre, mi madre tomó aire, detuvo el llanto de un modo muy técnico y levitó hasta la cocina. En la cocina de casa, con los cuchillos ordenados con la punta para abajo, las ollas, el mármol y el extractor, se contiene muy bien la cobardía. Cuando salió de allí para servirnos la cena, de tan entera, mi madre volvía a ser la persona ridícula y funcional de siempre.